

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 383

Madrid, 26 de Mayo de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.



Levantad, puertas, vuestras cabezas,
y levantaos, puertas eternas,
y entrará el Rey de la gloria.
¿Quién es ese Rey de la gloria?
El Señor, esforzado y valiente,
el Señor poderoso en las batallas.

Levantad, puertas, vuestras cabezas,
y levantaos, puertas eternas,
y entrará el Rey de la gloria.
¿Quién es ese Rey de la gloria?
El Señor de los ejércitos,
Él es el Rey de la gloria.

Salmo de David.

SENCILLA PIEDAD

PARECE, juzgando por la indiferencia u hostilidad de nuestros contemporáneos, que la vida espiritual y religiosa sea algo temible. Pero bien considerado, imparcialmente, lo terrible es la vida sin Dios, fuera de Dios, contra Dios. Vida abundante con decepciones, siempre en aumento hasta la muerte. Vida que pone marca especial en los rostros: los apaga, endurece y deforma las facciones. Vida que convierte a los hombres en prisioneros. Encerrados en sí mismos. Sin poder salir de sí. ¡Triste y sombría prisión! ¡Rodear toda nuestra existencia sólo con lo que está a nuestro alcance, lo que nuestros cerebros pueden comprender y nuestra miseria sufrir!

La vida está predestinada a algo mejor. Un solo día de vida humana bien empleado, puede ser rico en bendiciones para el mundo entero. Una hora de Jesucristo, es sol eterno, fuerza infinita, que hacen vivir, revivir y resucitar millares de seres cada día. Cuando queremos apaciguarnos, consolarnos, ver claro y neto el camino del cielo, ¿qué libro abrimos sino aquel en que están recogidas y concentradas algunas horas de la vida de Jesús?

Uno de los prejuicios contra la vida religiosa, la vida del creyente, es el de considerarla demasiado hipotética.

«Dios ¿dónde está? ¿Dónde se escucha la palabra de Dios? Vivir religiosamente es obedecer a la palabra de Dios, y por consiguiente, escucharla. ¿Dónde la oís? Está muy por encima de nuestros alcances, muy lejos de nosotros.» Así se explican muchas gentes. Sin embargo, no hay más remedio que oír la palabra de Dios. Los grandes vivientes del pasado, la Biblia da testimonio, la oyeron. Por eso nos complace leer y releer la Biblia. Puede ocurrir que nosotros, personalmente, no hayamos oído la voz de Dios. Pero qué alegría que otros la hayan oído, y por ellos podamos saber algo. Leer la Biblia es encender fuego en habitación oscura y fría; es calentarse con el calor y luz almacenados y concentrados por otros. Leer un versículo es contemplar una estrella, dejar entrar un rayo de luz, recibir latidos de vida eterna.

Sin embargo, esta comunión de segundo grado con la voluntad de Dios, esta contemplación de paz y felicidad, de fe y salvación de otros, no puede bastar.

SUMARIO

Sencilla piedad (Ch. Genequand). — La Trinidad (Juan Arolas). — A través de la Prensa: El centenario de Felipe II (Luis de Zulueta). — ¡A la hoguera! — De actualidad. — Información Evangélica. — Alianza Evangélica Española. — La reunión anual de la Sociedad de Tratados, de Londres. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical.

nos. Nos es preciso oír nosotros mismos la voz que ordena y dice: *Este es el camino, seguidle*. El grande e inapreciable servicio que nos proporciona el testimonio bíblico es el de recordarnos que la vida religiosa es posible, que Dios no está lejos, sino muy cerca, y que podemos oír su voz en nuestro corazón. Necesitamos ser tan piadosos como los que adoran a

LA TRINIDAD

*Sobre los altos cielos
hay un terrible trono,
que de una luz sin noche
recibe su decoro.*

*Espíritus sublimes,
postrándose de hinojos,
tiemblan con alas leves
delante de este solio,*

*que es antes de los días,
y antes que tantos globos
girasen con mesura
sobre sus mismos polos.*

*Sentado está el Eterno,
y a su diestra, glorioso,
se mira el Hijo, el Verbo,
que es la salud de todos;*

*triumfante de la muerte,
ornado con despojos
del tiempo inmensurable
y del poder del Orco.*

*La perfección de entrambos
da vida a un amor solo,
que es una misma esencia
y fuego luminoso.*

*Y así tres claros soles,
mezclando rayos rojos,
la unidad del Eterno
producen en un foco.*

JUAN AROLAS.

Dios todopoderoso, al Dios santo, al Dios que habla a las conciencias y a los corazones. El apóstol Pablo decía: «No está lejos de nosotros, porque en Él tenemos la vida, el movimiento y el ser». Y el Deuteronomio nos dice que por el mandamiento podemos tener acceso a la vida más alta, a la vida moral, a la vida santa; lo que no está ni demasiado elevado, ni fuera de nuestro alcance.

Y notemos bien aún que para el verdadero creyente del pasado, la vida religiosa no es sobre todo una vida ritual, vida de gestos y sacrificios exteriores. Vida que no consiste tampoco en pensamientos profundos e investigaciones complica-

das. No hay que buscar a Dios tan lejos: está más cerca. Está en los mandamientos que nuestro corazón y nuestra conciencia pueden oír y comprender.

Escuchemos la voz interior. Escuchemos la voz que manda interiormente. Es la voz que nos dice qué es lo mejor, que nos inspira temor y respeto. Temor y respeto que esta voz se merece, porque nos enseña la verdad profunda y lo que esencialmente importa a nuestra vida. Los mandamientos de Dios, la vida moral, el espíritu con que nos conducimos, todo ello importa a nuestra felicidad. «Yo he puesto ante ti la vida y el bien, la muerte y el mal», dice el legislador. El bien es obedecer a la voluntad de Dios; obedecer a esta voluntad es vivir, estar vivo. Nuestras languideces, desfallecimientos y debilidades provienen de que no cumplimos los diarios deberes bajo la mirada de Dios, como entonces se decía. Magnífica expresión, testimonio de que a los antiguos servidores del ideal y del deber, el orden interior, el mandato, les parecía mirada de Dios que no se apartaba de ellos. Marchar en dirección a la mirada, obrar de acuerdo con tal orden interior, era no extraviarse, sentirse dentro de la verdad y de la vida. Así es que a la luz de la paz que procura la obediencia a la voluntad de Dios, era Dios mismo revelado en el carácter sagrado de la santidad, la voluntad del bien y la voluntad de la vida. «Dios quiere que todos los hombres sean salvos.» Después, con Jesús, el mandato toma un aspecto más suave todavía: Dios se convierte en Padre, y el mandato por excelencia es el amor; se debe amarle, se puede amarle, «de todo corazón, con toda el alma, con todo el pensamiento y toda la fuerza».

Seamos, pues, religiosos, viviendo en la obediencia, teniendo cuidado diariamente de vivir como Dios manda. Recordad este llamamiento: «Yo he puesto hoy ante ti la vida y el bien, la muerte y el mal». No tenemos necesidad de «subir a los cielos ni atravesar el mar»: la vida en Dios, el bien de Dios, Dios mismo, están muy cerca de nosotros, delante de nosotros; muy cerca en todo momento. No perdamos de vista esta visión de lo infinito, del alcance eterno que tiene el deber que se nos impone. Faenas sencillas o complicadas, abordémoslas con la siguiente idea: este es el camino de Dios para mi crecimiento y salvación, también para el mejoramiento y salvación de los demás. Todo cuanto se nos presenta, todo lo que debamos «hacer con nuestra mano», como dice el Eclesiastés, hagámoslo. Obedeciendo al deber inmediato, a Dios que habla en nuestro corazón, nos consideraremos en las cumbres, aptos para franquear los abismos, llenos de las certezas admirables e infinitas que caracterizaron a los antiguos creyentes.

CH. GENEQUAND

De la *Semaine Religieuse* de Ginebra.

A TRAVÉS DE LA PRENSA

NO EN VANO PASARON LOS SIGLOS...

EL CENTENARIO DE FELIPE II

No deja de ser interesante lo que ocurre con la celebración de este cuarto centenario de Felipe II.

Se preparó con tiempo. Movilizóse la académica erudición. Había de servir esta conmemoración histórica para rehabilitar la figura del discutido monarca. Disponíanse las derechas españolas a echar al vuelo sus devotas campanas, congratulándose de poder sumar a sus abrumadores medios y fuerzas el restaurado prestigio del fundador de El Escorial.

Mas ahora vemos que la fecha del centenario que hoy, 21 de Mayo, se cumple, va a pasar casi inadvertida. ¿Por qué? Diríase que los mismos defensores y pagnegiristas del «Rey Prudente», al estudiar de nuevo su vida, hechos y carácter, a la vista de textos y documentos, se han sentido un poco perplejos y desalentados.

A la verdad, resultaba contraproducente la tal «rehabilitación». Cabría demostrar, acaso, que no era Felipe II aquel legendario monstruo que, vestido de negro y con el rosario en la mano — aunque con rosario y severos indumentos lo retratará Pantoja de la Cruz —, mataba, cual basilisco, a sus mejores vasallos sólo con el mudo reproche de una mirada de sus ojos azules. No fué su vida una cadena de horrores, de perfidias y de crímenes, ni cometió dos parricidios, asesinando a su esposa Isabel y a su hijo el príncipe D. Carlos. Ciertamente, no era el rey Felipe un semejante monstruo, entre otras razones, porque monstruos así la leyenda los forja; pero no los engendra, más piadosa, la maternal Naturaleza.

Sin embargo, quedan en la Historia, incontrovertidos, suficientes actos de crueldad — su conducta con el propio príncipe D. Carlos, su doblez y dureza con los nobles de Flandes, la muerte del bravo barón de Montigny —, de una crueldad, además, fría, cautelosa, protocolaria, para que Felipe II, como hombre, no merezca el empeño de una revisión entusiasta. ¿Lo merecerá, quizá, por la grandeza de la misión histórica a que ligó su existencia entera?

También aquí nuestros reaccionarios vacilan. Se sienten cohibidos en lo íntimo de su alma. Eso más bien les honra. No son tan fieros como ellos mismos se pintan. Cuando ven ante sus ojos, resucitados en los escritos, crónicas, cartas y testimonios indubitables de aquella época, esas mismas ideas pretéritas que ellos vagamente defienden y justifican, no pueden menos de retroceder con espontáneo desagrado y de guardar siquiera un discreto silencio.

Hace ya años, discutiendo en París con el eminente Francis de Pressensé, protes-

tante y socialista, el famoso diputado católico Denys Cochin, le decía: «Nunca los hombres de un mismo siglo y de una misma nación son tan distintos entre sí como ellos se figuran. Ahora, desde los más opuestos bancos de la Cámara francesa, M. de Pressensé y yo nos parecemos más, mucho más, de lo que él se parece a Calvino y de lo que yo me parezco a Felipe II.»

Hasta los reaccionarios españoles, harto distantes, por desgracia, del catolicismo liberal de los Cochin, encuentran, cuando estudian el caso, que es un poco fuerte parecerse demasiado a Felipe II.

El ideal que éste personificó fué, ante todo, el mantenimiento de la unidad religiosa en el mundo, exterminando a los disidentes por medio de la persecución inquisitorial o de la fuerza de las armas. Esa imposición de la fe por la violencia, y por una violencia extremada, fué la característica de aquel reinado.

No el simple anhelo de la unidad religiosa. Ese era el deseo de muchas otras personalidades de su siglo. La libertad de conciencia iba abriéndose paso muy poco a poco, sólo cual un mal inevitable con el que era posible transigir. Algunos soñaban, quizá, como había soñado el gran Carlos V, en una avenencia entre protestantes y católicos que unificase de nuevo la Cristiandad. Otros aceptaban las realidades consumadas y querían, dentro de cada nación, la unidad de creencias, pudiendo entonces los disconformes emigrar a otro país, en el que su propia fe coincidiese con la religión del Estado. Otros, como Enrique IV en Francia, proclamaban, dentro de una misma nación, la libertad de cultos. Con mucha frecuencia, no hay que negarlo, el partido o confesión dominante coaccionaba a los que tenía por herejes y llegaba a los más cruentos excesos.

Pero en nadie encarnó el fanatismo perseguidor como en Felipe II. No toleró que uno solo de sus súbditos, ni dentro ni fuera de España, pensase en este punto de otro modo que como pensaba él ni tributase a Dios un culto distinto del que él le tributaba. Bien comprendía que, en interés de la Patria, sería discreto ceder alguna vez, como, por ejemplo, en los Países Bajos. Pero antes preferiría perder para España aquellos territorios que resignarse a mitigar en ellos el rigor de la persecución contra los disidentes.

En vano le suplicaban los mismos católicos flamencos. Felipe II no transigió. En vano le exhortaban discretos consejeros. No transigió tampoco. En vano algún Pontífice ilustre, gloria de la Iglesia, le pedía que en lugar de la lucha a sangre y

fuego eligiese el camino de la negociación y de la concordia. Ni aun así transigió. La Inquisición española era mucho más temible que la Inquisición papal, y el celo fanático de Felipe II resultaba excesivo aun para su propio siglo.

Afortunadamente, cuatro centurias no han pasado en balde. Fracasó el ideal de Felipe II. Ya hoy apenas hay quien se atreva a discutir el noble principio de la libertad religiosa. Hoy, Alfredo Smith, el candidato católico a la presidencia de los Estados Unidos, ha podido decir, con el asentimiento fervoroso de los católicos de América y aun de los católicos de casi toda Europa: «Creo en la libertad de conciencia absoluta para todos los hombres, y en la igualdad de todas las Iglesias, de todas las sectas, de todas las creencias ante la ley, por ser aquella libertad el ejercicio de un derecho y no la concesión de un favor...»

Y hasta nuestros más cerrados reaccionarios, al remover los viejos textos y leer, por ejemplo, la descripción del famoso auto de fe de Valladolid, prefieren volver la hoja y dejar ya en paz las cenizas de Felipe II.

LUIS DE ZULUETA.

(De *La Libertad* del 21.)

□ ~~~~~ □

¡A LA HOGUERA!

Del interesante libro Recuerdos de antaño, de Emilio Martínez, reproducimos el siguiente capítulo, que habla del auto de fe a que alude D. Luis de Zulueta al final de su interesante artículo sobre Felipe II.

¡A LA CÁRCEL!... ¡A LA HOGUERA!

Toda la gente se puso en movimiento. Y así como en el presente siglo y en España, momentos antes de que muera el último toro en la plaza, se levanta el público para salir a la calle a despedir y para aplaudir a los lidiadores, así en la ocasión que historiamos, las gentes comenzaron a abandonar apresuradamente gradierías, ventanillas y tejados, a fin de poder contemplar a los reos y presenciar el último acto de esta gran fiesta en la carretera que debían recorrer y en el Quemadero.

Las dos procesiones salieron de la plaza en direcciones opuestas, puesto que una había de dirigirse a las cárceles de la Inquisición y la otra hacia el Quemadero.

El infeliz D. Agustín Cazalla, al verse sin sus ropas clericales, vestido de hoga, con corzo en la cabeza, descalzo y con una soga al cuello, no cesaba en su llanto.

— ¡Por amor de Dios — exclamaba —, doleos de mi desventura y perdonadme la vida!

Echándose a los pies del Inquisidor General, exclamó:

— Señor, dadme vuestra absolución; que no me pongan mordaza ni me quiten la vida.

— Ea — contestó el Inquisidor —, basta ya. Respecto de la sentencia, es irrevocable y tiene que cumplirse. Ahora, pues, que vemos vuestro arrepentimiento, no se os pondrá mordaza, para que prediquéis la fe católica, y esto os sirva de descargo por vuestros muchos pecados.

Y así fué. El pobre Doctor exhortó a algunos de sus compañeros de pena durante el camino de la Plaza al Campo Grande, a que se convirtiesen a la iglesia romana.

He aquí lo que acerca de esta última etapa de la vida del Doctor Cazalla escribió su confesor Fray Antonio de la Carrera, en un comunicado que dirigió al Inquisidor General Valdés al día siguiente del Auto:

«... Y así pasó delante hasta llegar al palo, predicando siempre y amonestando a que reverenciasen los ministros de la iglesia y honrasen las religiones. Llegado al lugar de su tormento, *antes que se apease* para subir, se reconcilió conmigo, que se había confesado; luego, sin más dilación, le pusieron en el pescuezo el argolla, y estando así, otra vez tornó a amonestar a todos y rogarles que le encomendasen a Nuestro Señor, y en comenzando a decir el *Credo*, le apretaron el garrote y el cordel, y llegando al cabo se le apretaron, y así acabó la vida con semejante muerte, y dió el alma, la cual, por cierto, tengo ya averiguado (*¡javeriguar es!!*) que fué camino de la salvación; en esto no tengo ninguna duda, sino que Nuestro Señor, que fué servido darle conocimiento y arrepentimiento, y reducirle a la confesión de su fe, será servido darle gloria. — Esto es, señor Ilustrísimo y Reverendísimo, lo que pasó en este caso, lo cual fui testigo de vista sin apartarme un punto de este hombre, desde que le confesé hasta que fué difunto. — Siervo y Capellán de V. S. I. Fray Antonio de la Carrera» (1).

Todos los historiadores convienen en que el Doctor exhortó a morir en el seno de la iglesia romana, especialmente a Herrezuelo, al señor de Ocampo y a su hermano el clérigo D. Francisco de Viveiro, quien amordazado y todo hacía evidentes señales de que despreciaba las exhortaciones de su hermano, tanto como apreciaba la sana doctrina del Evangelio, que el mismo Doctor le enseñara desde algunos años antes.

El Bachiller Herrezuelo sufrió un verdadero martirio al ver que su joven y amada esposa, D.^a Leonor, había abjurado de su fe. Al pasar a su lado para ir al Quemadero, y aprovechando el tener libre de mordaza su lengua, Herrezuelo tocó con el pie en tono de desprecio a su esposa, diciéndole:

«¿Es ese el aprecio en que tienes la doctrina que por espacio de seis años te he enseñado?» (1).

El sentimiento que embargó el ánimo de la joven dama debió ser inmenso.

El acto de desprecio, y las palabras del amante esposo y noble caballero debieron caer como plomo derretido en el corazón de la joven D.^a Leonor, que ya se consideraba viuda, pero al mismo tiempo la infundieron tal valor, que despertóse en ella (si se había adormecido) su fe en Cristo.

Refiriéndose a esta dama, leamos al historiador Rosseau Saint-Hilaire en su *Historia Religiosa: El Protestantismo en España en el siglo XVI*:

«El valor de Leonor de Cisneros se había debilitado ante el suplicio que se la hacía sufrir en el calabozo; pero ¿quién puede acusar de cobarde a una pobre niña de *veintidós* años, separada violentamente de cuanto amaba en el mundo, y siendo su única esperanza los tormentos y la muerte? Ignorando la suerte de su marido, muy bien pudo creer que el aliento de éste había decaído como el suyo; pero aquella dolorosa mirada, que Herrezuelo la dirigió pocos instantes antes de su muerte, reanimó su corazón, y desde entonces se propuso con más entusiasmo olvidar aquella cobardía, por la que rescató su vida, y a pesar de estar libre (de la pena de muerte) no quiso cumplir las humillantes penitencias que se la impusieron, siendo su resultado que de nuevo fué encerrada en las prisiones del Santo Oficio, donde permaneció por espacio de *ocho años*; y como ningún poder humano era posible que la arrancase la retractación de su fe, en 1568 fué arrojada a las llamas, «sin que nada — dice el historiador Illescas — pudiese conmovier a este corazón inflexible» (2).

De tal modo premió Dios la fe de Herrezuelo, y acaso sería respuesta a la postrera oración del glorioso mártir, dirigida a Jesús, en demanda de que la amada esposa fuese salva.

¿A qué hemos de fatigar más la mente del lector?

La distancia que media entre la Plaza Mayor de Valladolid y el Campo Grande no es larga, y yo, que no soy persona de mucho andar, la puedo recorrer en diez minutos.

Claro es que la procesión de los sentenciados tardaría mucho más en llegar; pero llegó al fin.

Situaron el Quemadero en el lugar sobre el cual está construido hoy el edificio de la Academia Militar de Caballería, sobre la margen izquierda del río Esgueva. Al penetrar en Valladolid, este río se divide en dos brazos, que, atravesando la ciudad, desembocan en el río Pisuerga; uno, por el Paseo de las Moreras, y el

otro, que pasa lamiendo los muros del edificio militar mencionado, por el sitio denominado «el Cubo».

Quince estacas; mejor dicho, quince gruesas vigas, se habían colocado en hilera, rodeadas cada cual de su correspondiente haz de leña seca y resinosa, como dispuso el magnífico D. Luis Osorio, obedeciendo a la indicación del Santo Oficio en lo de haberse *benignamente* con los reos.

Buen golpe de tropas custodiaban el lugar y los instrumentos de tortura, pues es fama que si noches antes del Auto hubo peligro de que se prendiese fuego al tablado en construcción en la Plaza Mayor, también en este día temían las autoridades que, incógnitos partidarios de la Reforma, intentasen una asonada para salvar del suplicio a los reos.

Pero nada ocurrió. El pueblo, que en derredor del Quemadero se agolpaba disputándose el mejor puesto a pisotones y codazos para contemplar el horrible drama, era contenido a distancia conveniente por fuerzas de caballería e infantería, que repartían sin piedad mandobles de plano y golpes con los cuentos de las partesanas sobre la abigarrada multitud que formaba en primera fila.

Ya atados los reos, cada cual a su respectiva estaca, los frailes emprendieron con más tesón la lucha para que los pertinaces se retractasen.

Se sentían desesperados ante su impotencia para convencer a aquellos herejes.

A todos publicaban el mismo *bando misericordioso*:

— Di que quieres morir en el seno de la Iglesia Romana, y te evitas los martirios del fuego.

Más de una vez la víctima decaía, y el horrible fraile, tomando por asentimiento lo que solamente era desfallecimiento físico por tan prolongada lucha, hacía señal al verdugo, quien prontamente agarrotaba a la víctima, mientras el fraile se volvía con aire de triunfo hacia la multitud, gritando:

— ¡Loado sea Dios! ¡Convertido a la fe romana! ¡Retráctose de sus errores!

Pero contra quien la lucha frailesca fué perfecta y completamente inútil, fué contra Herrezuelo.

Desmontado ya del asno que le conducía al suplicio, uno de los frailes dominicos esperaba que la vista de la estaca y el haz de leña impondrían al fiel soldado de Cristo.

Un ayudante de verdugo, joven ciertamente, ató a la estaca al Bachiller.

— Te perdono — le dijo Herrezuelo — el daño que me haces; pero te aconsejo te arrepientas de tus pecados...

— Arrepentios vos — interrumpió Cazalla, que estaba ya ligado a un poste inmediato —. ¿Por qué queréis morir quemado vivo? Decid que creéis en la Iglesia Romana y os ahorraréis inmenso martirio.

— No pienso hacer tal confesión. Si creyese en la Iglesia Romana, como he

(1) *Legajo 137 de Estado*, en el Archivo de Simancas, inserto por D. Juan Ortega y Rubio en su *Historia de Valladolid*.

(1) Histórico. — Registran el hecho todos los historiadores citados. — (N. del A.)

(2) Folletín núm. 2 publicado en *La Luz* en 10 de Abril de 1870; Madrid.

creído hasta hace pocos años, en que fui iluminado por la luz del Evangelio, confesaría que creía en tal Iglesia, aunque en ello me fuese la vida; pero no creyendo, como no creo, pueden atormentarme y finalmente matarme, en la forma y modo que en gusto los viniere, porque yo no confesaré una fe que mi conciencia y mente rechazan.

— Ved, D. Antonio — interrumpió un fraile —, que estáis siendo causa de tropiezo y de escándalo para los que se han convertido.

— ¿Por qué me dais *Don* si de él me han despojado?

— La costumbre — contestó el fraile.

— ¡La costumbre! — repitió el animoso Herrezuelo — Y continuó:

— No, no es la costumbre; es que vos mismo, en el fuero interno de vuestra conciencia, consideráis la sentencia, si no injusta, excesiva...

El mártir interrumpió por un momento su discurso, y continuó:

— ¡Que se conviertan esos, mis hermanos de suplicio, a vuestra fe...! Dios, vosotros y yo, sabemos que no hay tal conversión. Lo que hacen, si algo hacen, es ahorrarse un poco de padecimiento corporal. Yo, gracias a Dios, puedo apurar el cáliz que por Jesús, mi Salvador, me es ofrecido.

El fraile perdió la calma, y como una fiera gritó:

— ¡Pues que lo quiere, sea! ¡Fuego, fuego!!

Un sicario aplicó la tea a la pira, y la leña comenzó a chisporrotear.

Herrezuelo elevó al cielo su mirada, y sus labios se movieron como si formularan una plegaria.

Un guardia alabardero, llevado de un celo digno de mejor causa, enristró su alabarda y la hundió en el pecho de la víctima. La sangre saltó sobre el fuego, y una llama que subió hasta el tope del mástil a que estaba fuertemente ligado el cuerpo del fiel testigo, le ocultó a los ojos de sus verdugos (1).

Poco más o menos, las mismas escenas ocurrieron con los demás sentenciados.

Uno de los inquisidores, testigo de los hechos, dejó escapar estas palabras:

— Después de todo, yo tengo la seguridad de que si alguno añadió al credo la palabra «Romana», lo hizo solamente por acabar antes con el garrote (2).

Un detalle. Al lado del Doctor Cazalla fueron consumidos por el fuego los restos mortales y estatua de su madre, doña Leonor de Vivero.

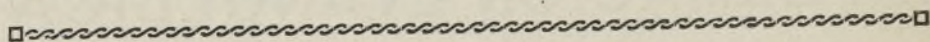
Cuando la noche tendió su negro crespón, las quince piras resplandecían como quince inmensos braseros, y lanzaban espirales de humo que se elevaban hacia el espacio.

A la madrugada del siguiente día, extinguido el fuego, el vecino ramal del río Esgueva recibía en sus aguas aquellas

preciosas cenizas, depositándolas en el río Pisuerga, cuya abundosa corriente las comunicó sin duda al caudaloso Duero, donde el primero desemboca. Y así, de río en río, de arroyo en arroyo, de acequia en acequia, los ríos de toda España, en Norte, Centro y Sur, fueron (figuradamente) conductores de la semilla Evangélica por toda la península Ibérica.

Cuentan graves autores que los vallsolletanos, al siguiente día del auto, vieron recorrer las calles de Valladolid un

caballo blanco que, sin tocar con los cascos en el suelo, más que correr volaba, y jinete sobre él un fantasma blanco también, en quien algunos quisieron reconocer al Doctor Cazalla. Frutos son estas aberraciones de la persecución religiosa. A medida que el hombre medita menos en las cosas espirituales, cae en uno de estos dos extremos. O en el fanatismo más grosero, o en la incredulidad más árida. Una tercera hijuela tienen estos dos extremos: ¡La hipocresía!!



DE ACTUALIDAD

Apuntes de la semana.

Continúa en pie el asunto de la reforma constitucional y la vuelta a la normalidad. Acerca de la primera, no deja de ser extraño ver que los más interesados en la reforma son los periódicos de la extrema derecha, que sin duda olvidan que no es posible tocar la Constitución sin reformar el artículo 11. Esto que acaba de decir en una conferencia un ex ministro conservador lo hemos dicho nosotros infinidad de veces. Podrá no tocarse la Constitución; pero si se toca, no habrá otro remedio que modificar un artículo que nos hace ser hoy una excepción en el mundo, y que los hechos que ocurren todos los días demuestran ser de una urgencia inmediata. Diganlo si no los casos de El Grove, Laguarres, Albacete y otros más recientes, acerca de los cuales no podemos hablar hasta no hallarnos debidamente documentados. En este asunto, votamos, pues, con las extremas derechas y opinamos que la Constitución debe reformarse, pero en el sentido que demandan los tiempos, y no en el que quisieran algunos clericales, que por su gusto nos llevarían a los días luctuosos de Carlos el Hechizado.

En cuanto a la vuelta a la normalidad, todos (excepto un diario clerical) la desean; periódicos tan adictos a la política de Primo de Rivera como *ABC*, se han pronunciado decididamente a favor de ella; y hasta el mismo general, en una nota oficial, ha declarado que se acerca el término de su gestión, que no creemos sea (como dice el aludido diario clerical) de varios años. Creemos que en el general Primo de Rivera existe el suficiente sentido común para saber el valor de sus palabras y no dejar salir de sus labios ninguna que no haya sido antes bien medida y pesada. Por nuestra parte, también deseamos la vuelta a la normalidad. No somos políticos, pero ¿quién no deseará ya ver a España caminando dentro de sus leyes y constituciones?

Han terminado los actos oficiales y las vacaciones escolares del XXV aniversario de la jura de la Constitución por el Rey. De todo ello sólo quedará como recuerdo

la Ciudad Universitaria, a cuyo proyecto se concederán todos los recursos necesarios para que no quede en tal y entre pronto en vías de hecho. Pero que no vaya acompañado, porque armonizaría muy mal, con una especie de persecución a la enseñanza en las escuelas evangélicas, que parece haberse desatado en algunos puntos, ignoramos por qué y para qué. Foméntese la enseñanza, sí. Cuanto se haga en pro de ella nos parecerá poco; pero no se persiga por otro lado lo que por una parte parece quererse fomentar.

Y ahora, remontándonos a regiones más altas, veamos algo de lo que ocurre por el mundo. Efectivamente; muy alto tenemos que subir para seguir en su intrépido viaje al aviador Lindbergh, que en treinta y tres horas ha cubierto, en un vuelo, la distancia Nueva York-París sin haberle ocurrido el menor contratiempo, no obstante volar en las peores condiciones para ello. La temeridad se ha visto en esta ocasión acompañada por la fortuna. Y a pesar de que recientes sucesos están todavía muy vivos en el pueblo francés, éste ha recibido al aviador americano en medio de un entusiasmo indescriptible.

Se ha celebrado en Reims (Francia) la restauración de su famosa catedral, que quedó casi en ruinas en los días de la gran guerra. En representación del Gobierno francés asistió el ministro Herriot, que ha pronunciado con tal motivo uno de sus mejores discursos. El corresponsal de *El Liberal*, al dar cuenta de este acto, dice así:

«Los católicos de todos los países, principalmente los de los países protestantes, han enviado dinero para esta obra maravillosa. El Gobierno francés ha dado una gran solemnidad al acto de abrir la catedral al culto. El representante del Gobierno en ese acto ha sido el Sr. Herriot, ministro de Instrucción pública. Hace dos

Este número ha sido revisado por la censura.

(1) Histórico.

(2) Histórico. — Lo consignan todos los historiadores que se citan. — (N. del A.)

años, los obispos de Francia declaraban la guerra santa contra el Sr. Herriot. Ahora es el Sr. Herriot quien pronuncia una elocuente oración ante la catedral. Esto debe extrañar mucho a los católicos de tipo mejicano; pero realmente, no tiene nada de extraño. Resulta perfectamente lógico y natural en un país como Fran-

cia, oficialmente laico, y donde existe una absoluta tolerancia religiosa.»

Libertad, quiso decir, sin duda, el cronista.

De otros asuntos ya hablaremos otro día; pues por hoy nos falta el tiempo y, lo que es peor, el espacio.

SECCIÓN FINANCIERA

Cuentas del Hospital Evangélico. — Recaudación del mes de Abril de 1927. — Madrid: E. R., 3 pesetas; R. P., 3; G. J., 3; F. García, 1; A. Huelves, 0,25; L. Albarras, 2; A. Rojas, 1; H. Díez, 2; V. Huelves, 1; P. y S. Rojo, 2; A. Molina, 1; Misión Evangélica Inglesa, 24; J. Bravo, 6; E. Trenchard y señora, 10; R. P., viuda de Casarrubios, 2; señores Brachman, 20; F. Cortadellas, 5; anónimo, Chamberi, 50; señores Rhodes, 20; M. Ribera, 3; señores Bravo, 6; Iglesia Evangélica de Chamberi, 60; G. Hora, 1; A. Sanz, 0,50; J. Castillo, 0,50; M. Rodríguez, 0,50; I. Cruz, 1; G. Pastor, 1; P. C. O., 17; C. Rodríguez, 1; A. Sanz, 1; F. Orejón, 2,50; M. Roches, 25; C. y D. Reverte, 2; A. Araujo y señora, 2,50; A. Gordovil, 1; F. Rubio, 2; A. Barranco, 1; J. Moreno, 1; T. Díez y esposo, 5; M. Martinzán, 0,50; M. Díez, 1; V. Pascual, 1; C. A. García y señora, 3; F. Fernández, 3; E. Burdeos, 1; S. Tranco, 1; señora de Wood, 5; J. Moldes, 1; A. G. N., 2,50; una enferma agradecida al Señor, que le proporciona medios de curación, 5; C. Guizarro, 2,50; G. Rodríguez, 1; M. Vigil, 1; M. Molina, 1; J. Marin, 1; L. Villar, 2; M. Tranco, 2; abonado por H. Wohrle, 182; un amigo, 3; Iglesia Bautista de Lavapiés, 18,10; A. G. Villa, 1; E. Cubedo, 5.

Linares, un hermano, 13; J. B. García y J. Orellana, 12.

Irlanda, un hermano, 27,60.

África, Hermanos de Tetuán, por la señorita Stiedenrood, 100.

Bilbao, Iglesia Evangélica, por conducto de don P. Mañueco, 50.

Jerez, Iglesia Evangélica, por conducto del reverendo E. Araujo, 10.

Mocejón, Q. Ortega, 4.

Rosario de Santa Fe, 13 evangélicos, por conducto de D. I. Albizu, 21,50.

California, B. Durán, 11,80.

Argentina, E. y C. Garach, 25.

Riotinto, E. Eximeno, 5.

La Penilla, A. Mir, 0,75.

Zurich, E. Tanner-Arrou, 14,46.

Cartagena, J. Crespo y señora, 5.

Estados Unidos, J. Valdés, 2,50.

Santa Amalia, Iglesia Evangélica, por conducto de

D. C. Díaz, 30; J. L. Dorado, 5; P. Dorado, 5.

Muchas gracias a todos los donantes.

RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes	876,96
Balance del mes anterior	905,71

TOTAL 1.782,67

Total de lo gastado en el mes	735,58
---	--------

Balance actual en Caja 1.047,09

Madrid, 30 de Abril de 1927. — Enrique Lindegaard.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses	4 »
Extrajero: Un año	15 »
Seis meses	8 »
América: Un año	2 dólares
Seis meses	1 dólar
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.	

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

TELÉFONO 33.590.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

En la Iglesia Bautista, de Madrid.

El Domingo último tuvimos el placer de tener entre nosotros al pastor de la Iglesia de Noviciado, D. Enrique Lindegaard, quien nos obsequió con un hermoso e interesante mensaje de la Palabra de Dios, basándose en las palabras de San Pablo a los Romanos, «que si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo». El local estaba completamente lleno de almas, que escucharon con mucho interés las palabras de este siervo de Dios.

Dios bendiga este servicio, a fin de que dé fruto para su gloria.

Desde aquí damos las más expresivas gracias a D. Enrique, deseándole mucha salud y prosperidad en la obra que el Altísimo ha puesto en sus manos. — J. Nogal.



El Comité Evangélico Español del Uruguay.

Este Comité, que con tanta frecuencia está dando muestras de su amor e interés hacia la obra evangélica en España, acaba de nombrar su Comisión directiva para el año actual, habiendo quedado constituida en la forma siguiente: D. Regino Galdós, presidente; D.ª Juanita R. de Balloch, secretaria; D. Manuel Puch Echeagaray, tesorero, y vocales, Srta. Elisa González y Sres. D. Joaquín M. Ibarburu, D. Ángel Bahamonde y D. Florencio Ochotorena.

Saludamos con el mayor cariño a toda la nueva Junta, y de un modo muy especial a la señora D.ª Juanita R. de Balloch, esposa del pastor de la Iglesia Central de Montevideo y, como buena española, muy interesada por la causa de Cristo en su Patria, y a la Srta. Elisa González, que, en ocasión memorable, representó a España. Las dos han honrado también con sus firmas nuestras columnas, lo cual fuera suficiente para tener con ellas una inmensa deuda de gratitud, si su interés por el triunfo del Evangelio en España no nos hubiera hecho tenerla en una medida superlativa. A ellas, juntamente con sus compañeros de Junta, vaya con estas líneas el tributo sincero de simpatía, gratitud y amor cristiano.

Inauguración de una capilla en Valencia.

Con extraordinaria animación y ante una concurrencia de unas 200 personas, celebróse el día 25 del pasado Abril la inauguración de la nueva Capilla Evangélica, en la calle de Emplom, número 4.

Asistieron a dicho acto hermanos de las diversas iglesias de la localidad y pueblos cercanos y buen número de amigos interesados en el Evangelio. Hicieron uso de la palabra el pastor D. Pablo Pasche y los hermanos Sres. Asensi, Rodrigo, Espert y Bataller, siendo dedicados los breves discursos a exponer a los presentes el programa de los evangélicos, basado en la Salvación por gracia por medio de la Cruz de Cristo. Se procuró también poner de manifiesto el interés de todos los evangélicos del mundo en llevar el Evangelio a las almas, para lo cual sacrifican su dinero, su tiempo y sus vidas, haciendo mención especial de las grandes Sociedades misioneras y bíblicas que con tanto afán trabajan en todo el mundo, y muy especialmente el esfuerzo que éstas vienen realizando en nuestra querida España. Se hizo resaltar, por los diferentes oradores, la gran necesidad de que todos los evangélicos españoles ayudemos con todo ardor a esta gran obra de evangelización de nuestra Patria.

Y para no hacer demasiado extensa la presente reseña, sólo nos resta decir que esta iglesia, confiando en la ayuda de Dios, ha realizado un supremo esfuerzo, y por sus propios medios ha abierto al público esta nueva capilla, en la que esperamos que muchas almas oigan y acepten el Mensaje de Paz.

El local destinado a los cultos tiene unas dimensiones de 15 x 3,60 metros, con techos altos y buena ventilación; y aunque cómodamente sólo caben unas cien personas, en caso necesario pueden acomodarse casi doble, aprovechando más los bancos, poniendo sillas supletorias y habilitando las habitaciones contiguas que sirven de vivienda al conserje.

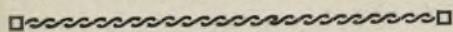
Damos gracias a Dios por su ayuda concediéndonos el local que a Él hemos consagrado, y rogamos a todos los hermanos le pidan continúe dispensándonos su gracia divina para que la obra que, aunque impotentes y humildes, hemos emprendido, fructifique para bien de su santa causa. — J. B.

REGISTRO

Bautismo. — Iglesia de Cristo (Española Reformada). Sabadell. El Domingo 15, en el culto matutino, fué bautizado el niño Antonio Mampel Ros, hijo de los miembros D. Andrés y D.^a Enriqueta. Nuestra enhorabuena.

Fallecimientos. — Iglesia Evangélica Española, Puerto de Santa María. A la avanzada edad de setenta y siete años durmió en la paz del Señor don Sergio Crespo Cabanillas, teniente retirado del Ejército. El sepelio se celebró con suma modestia, dirigiendo el culto el pastor de la iglesia, D. Francisco Lobo, y haciendo uso de la palabra, en la casa mortuoria y en el cementerio, los señores De Vargas y Gorria. El Señor consuele a su familia, y, de un modo especial, a nuestro buen amigo, el pastor de Cartagena, D. José Crespo.

— Misión Evangélica de Chilluevar (Jaén). El día 17 de los corrientes, y a los veinticuatro años de edad, durmió en el Señor, D.^a Dolores López Contreras, que no hacía muchos meses pasó por la amarga prueba de ver morir a su joven esposo. El sepelio tuvo lugar al día siguiente en el cementerio evangélico, asistiendo más de trescientas personas, que escucharon con tal motivo el mensaje de salvación. Que el Señor derrame abundante consuelo sobre sus deudos y parientes.



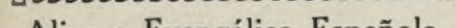
NUESTRA ESTAFETA

J. C., Termens. — Recibido su giro. Hemos remitido a D. A. A. el recibo y todos los números atrasados.

M. P., El Campillo. — Recibido su giro. Muchas gracias.

B. B., Valencia; P. G., Sevilla; E. T., San Fernando.

Remitidos los índices que pidieron.



Alianza Evangélica Española.

Temas de oración para el mes de Junio.

ACCIÓN DE GRACIAS:

Por la gloriosa ascensión del Señor Jesucristo a los cielos.

Por su obra presente como Mediador e Intercesor a favor de todos los creyentes.

Por el don inefable del Espíritu Santo.

SÚPLICAS:

Porque todos los evangélicos, individualmente, usen de la medida de libertad que disfrutamos para imitar a la mujer samaritana, llamando a otros al conocimiento del Salvador.

Porque el Señor llame y prepare más obreros aptos para extender el conocimiento de la verdad.

Por todos los perseguidos por causa de su fe.

Porque Dios disponga los asuntos nacionales de China de tal manera que pueda seguir la evangelización de aquel país, y los creyentes sean guardados en paz en medio de los peligros y dificultades que les rodean.

Porque el Señor bendiga a la Alianza Evangélica Universal en su LXXX aniversario y acompañe en su viaje a los representantes de las distintas ramas de la Alianza.

Por la unidad de la Iglesia cristiana.

Los evangélicos de Madrid se reunirán en oración el jueves, día 2 de Junio, a las nueve de la noche, en la Iglesia de la calle de Trafalgar, número 34.

El exceso de original, que necesariamente ha de publicarse en este número, nos impide publicar hoy la continuación de la obra

Bajo la influencia de Calvino.

LA REUNIÓN ANUAL DE LA SOCIEDAD DE TRATADOS, DE LONDRES

EL día 26 de Abril celebró la Sociedad de Tratados, de Londres, su CXXVIII reunión anual en la gran sala pública «Queen's Hall». Por primera vez en la historia de la Sociedad ha presidido esta reunión el primado de la Iglesia nacional de Inglaterra, el arzobispo de Canterbury, Muy Rdo. Randall Davidson. Cuando la Sociedad celebró su primer centenario, hace veintiocho años, el entonces arzobispo de Canterbury, Dr. Temple, predicó el sermón conmemorativo en la Abadía de Westminster.

El actual arzobispo es una personalidad altamente estimada y respetada dentro y fuera de la Iglesia, cuya principal dignidad ostenta, por la amplitud de su espíritu y su marcada simpatía hacia la causa de la unión de todos los cristianos, de la cual ha dado una nueva prueba al presidir la reunión anual de una Sociedad como la de Tratados, que sirve a todas las iglesias evangélicas, sin distinción de nombre ni de color, a la vez que ha mantenido siempre fielmente los principios que la Reforma sacó a luz de nuevo en el siglo XVI.

El arzobispo recordó que la época en que la Sociedad de Tratados nació, en la que vieron también la luz la gran Sociedad Misionera de la Iglesia y la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, fué una época crítica en la historia del mundo. Francia pasaba por las agonías de la Revolución, y muchos hombres pensadores temían que aquella tormenta descargaría igualmente sobre Inglaterra. Lo que salvó al pueblo británico no fué el talento innegable de sus directores políticos, sino la profunda labor espiritual que el despertar evangélico, asociado con los nombres de Wesley, Wilberforce y otros, había realizado. Se sintió entonces la necesidad de propagar más y más el conocimiento del Evangelio, y así surgieron aquellas sociedades y la de Tratados. Se había descubierto la utilidad de los Tratados, y no sólo de los Tratados, sino de la literatura evangélica en general. Las publicaciones de la Sociedad de Tratados ocupan ahora un lugar muy firme en la vida religiosa de Inglaterra. Pero no se ha limitado su acción al pueblo inglés, sino que, desde su principio, ha sido la Sociedad de Tratados una eficaz auxiliadora de las Sociedades Misioneras en todo el mundo. (En España empezó su obra tan pronto como las puertas de nuestro país se abrieron al Evangelio.) Todas las grandes Sociedades misioneras han esperado siempre de la Sociedad de Tratados la literatura que necesitaban para instruir y educar a los cristianos recién salidos de las tinieblas del paganismo, así como han esperado de la Sociedad Bíblica la provisión de las Sagradas Escrituras. La ben-

dición de Dios había acompañado los trabajos de la Sociedad de Tratados hasta aquí, y sus amigos podían esperar siguiera acompañándolos en el porvenir.

Otro de los oradores de la reunión fué el coronel John Buchan, representante de la fuerte casa editorial inglesa Nelson e Hijos, cuyas publicaciones son conocidas en los principales países del mundo y se ven también en las librerías de España. Por esta razón podía apreciar Mr. Buchan el carácter mundial de la Sociedad de Tratados. «Ha extendido su campo, dijo, hasta los últimos rincones del mundo habitado.» «Se fundó con un marcado propósito de propaganda y lo retiene todavía: el propósito de difundir el conocimiento de Cristo.» En un tiempo en que se propagan por el mundo tantas doctrinas perniciosas, había más necesidad que nunca de propagar doctrinas verdaderas.

Entraba en el programa de la reunión un eminente misionero, el Rdo. C. G. Sparham, que ha trabajado muchos años en China, el país hacia el cual se dirigen actualmente las miradas ansiosas de los estadistas y de los hombres que se preocupan por el adelanto del reino de Dios en el mundo. Cosa digna de notarse es que los más confiados y esperanzados en cuanto al porvenir de China son, precisamente, los misioneros, a pesar de lo que tenga que sufrir la obra misionera en estos tiempos de agitación y de trastorno. El Sr. Sparham cree que se está desarrollando una vida más alta, plena y fuerte en China. No tiene grandes temores en cuanto al anticristianismo de los nacionalistas. No hay que olvidar que la personalidad dominante hoy en China es el Dr. Sun Yat Sen, fallecido hace tres años, que era bien conocido como cristiano y que murió como cristiano. La mejor manera de ayudar al pueblo chino es darle la verdad del Cristianismo en la forma que más atrae a un pueblo tan amante de la literatura como aquel pueblo ha sido siempre y lo sigue siendo. Y ésta es la obra que la Sociedad de Tratados hace.

La reunión estuvo amenizada por un excelente programa de música religiosa y dejó una profunda impresión en todos los asistentes acerca del alcance e importancia de la obra de la Sociedad en todo el mundo.

La Redacción de

España Evangélica

está formada por Adolfo Araujo, Carlos Araujo García, Agustín Arenales, Fernando Cabrera, Alejandro Campo, Jorge Flíedner, Juan Flíedner, Claudio Gutiérrez Marín y Luis Villaoz.

Esfuerzo Cristiano

Consagración.

Dom., 5 de Junio. Is., 6, 7-9; Juan, 2, 17.
Apoc., 3, 14-16.

Lecturas diarias.

Lunes . .	Consagración medi-	Sal., 39, 1-3.
Martes . .	Consagración en el	
	servicio	1.º Tes., 2, 9-13.
Miércoles.	Consagración errónea.	1.º Rey, 18, 15-29
Jueves . .	Verdadera consagra-	
	ción	Col., 4, 12y 13.
Viernes . .	Vigilad el fuego del	
	corazón	Mat., 24, 3-13.
Sábado . .	Guardado por el amor	Rom., 8, 31-39.

Sugestiones.

La juventud es el tiempo de la consagración. Es una cosa muy buena el dirigir nuestras energías y entusiasmo al servicio de Dios.

El conocimiento es el camino de la consagración. Ninguno que desconozca la misión del Esfuerzo Cristiano podrá consagrarse a esta causa.

Un fanático es una persona cuyas pasiones no son dirigidas, como un caballo desbocado. La consagración debe ser guiada; de lo contrario, perjudicará. Es buena criada, pero mala ama.

En ocasiones, cuando las personas entran en edad, descuidan su consagración. Se cansan de bien hacer. De aquí la gran necesidad de mayor comunicación con Dios a medida que el tiempo pasa.

Ilustraciones.

La consagración es como tierra fértil cuando la siembra produce. Es vida, energía, poder, uniéndose íntimamente a alguna idea.

De igual manera que el cuerpo se debilita si no es alimentado, así el alma que no está en comunión con Cristo pierde su consagración. Para mantener el amor, preciso es amar más y más.

Algunas personas, como las carretillas, reciben un impulso cuando se convierten y se mueven por algún tiempo, pero esa fuerza exterior se acaba y quedan estacionarias. La consagración verdadera obra por fuerza interna.

Temas para pensar.

¿Qué conexión hay entre el amor y la consagración? ¿En qué sentidos somos responsables cuando nuestra consagración deja de existir? ¿Cómo podemos aumentar nuestra consagración?

Pensamientos.

«Todo movimiento bueno y digno en los anales de la Historia es un triunfo de entusiasmo. Ninguna cosa grande se ha conseguido sin él». — Emerson.

«Cuidemos de no perder nuestro entusiasmo. Gloriémonos en algo y retengamos nuestra admiración en todas aquellas cosas que hagan más nobles, ricas y hermosas nuestras vidas». — F. Brooks.

Sociedades infantiles.

Uno que no quiso perdonar.

Dom., 5 de Junio. Mat., 18, 23-33.

Los personajes de esta parábola no pueden estar trazados con mayor exacti-

tud. ¿Quién no ha sido perdonado de pecados y faltas? Sin embargo, muchas veces nos resistimos a dispensar y olvidar ofensas. Desde niños se manifiesta nuestra tendencia mala en la resistencia que oponemos para perdonar. No olvidemos que el espíritu perdonador nos asemejará a Cristo, y recordemos que, si no perdonamos a los demás, tampoco Dios perdonará nuestras ofensas.

HERMENÉUTICA

o sea

Reglas de interpretación de las Sagradas Escrituras.

Por el Dr. E. LUND


Un tratado breve, pero completo, de una de las ciencias más útiles para los estudiantes de la Biblia.

En rústica, cubierta de papel fuerte,
1,50 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

Héroes y Mártires de la obra misionera.

Por JUAN C. VARETTO

La obra más completa que tenemos en español sobre la obra de las misiones en todo el mundo.

En tela, con numerosas ilustraciones, **7,50 pesetas.**

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID

OFERTAS Y DEMANDAS

(25 céntimos línea.)

HABITACIÓN exterior para caballero, con o sin asistencia. Quesada, 3, segundo izqda. Madrid.

MAESTRA evangélica se ofrece. Pelayo, núm. 7, El Campillo (Huelva). María Pérez.

Escuela Dominical

Pedro predicando a los gentiles

5 de Junio.

Hech., 10 y 11.

TEXTO AUREO: *Porque no hay diferencia de Judío y de Griego: porque el mismo que es Señor de todos, rico es para con todos los que le invocan.* — Rom., 10, 12.

Es difícil para nosotros imaginarnos los obstáculos que el Evangelio hubo de arrollar para llegar a los gentiles con la libre oferta de la salvación. Es cierto que Jesús había mandado a sus discípulos ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura; pero muchos de los primeros cristianos, que eran judíos naturalmente, tenían prejuicios tan arraigados acerca de la inmutabilidad y perfección de la Ley antigua, que no podían concebir que un pagano entrase a gozar de la amistad con Dios sin pasar por la puerta de las ordenanzas mosaicas.

Pedro fué el llamado a dar el primer golpe contra aquella barrera. Había recibido las llaves del reino de los cielos. Había abierto a los judíos el día de Pentecostés las puertas de la Iglesia cristiana. Ahora lo vemos dando entrada también a los gentiles, representados por Cornelio y sus familiares.

Que Pedro parase en casa de un curtidor en Joppe era ya una indicación de que su libertad cristiana había vencido graves escrúpulos judaicos; un rabí no lo hubiera hecho nunca.

Pero Pedro necesitaba todavía una enseñanza especial, y la recibió por medio de aquella visión del lienzo lleno de animales y de aquella voz del cielo: «Lo que Dios limpió, no lo llares tú común». ¿Quién podría dejar de ver la mano de Dios en todo ello, cuando poco después los mensajeros de Cornelio llamaban a la puerta?

Figura simpática ésta del centurión Cornelio. Representante de todas aquellas almas sinceras que tienen sed de Dios y que le buscan con todo el corazón. Hacia buen uso de la luz que había recibido y Dios le concedió más. El que busca, halla; al que llama, se le abre.

Pedro en casa de Cornelio no parece ciertamente un Papa. Rehusa amablemente los honores que Cornelio le daba, los honores que los romanos Pontífices exigen hoy de sus visitantes. Reconoce que ha encontrado una verdad nueva para él: «Por verdad hallo que Dios se agrada de cualquiera nación que le teme y obra justicia». Era un gran descubrimiento para un judío.

«Jesucristo es el Señor de todos.» Su vida, su muerte, su resurrección, son el tema del discurso de Pedro para llegar a la oferta de la salvación por Él. «Todos los que en Él creyeren recibirán perdón de pecados por su nombre.»

El Espíritu Santo descende sobre los oyentes, confirma las palabras del Apóstol y pone su sello sobre la fe sincera de aquellos gentiles. ¿Quién podría negarles el bautismo? Así entran en la Iglesia cristiana las primicias de la gentilidad.